

## LA IMAGEN DE LA MUJER EN EL *SEMENARIO PINTORESCO* ESPAÑOL

M.<sup>a</sup> del Pilar Palomo

*Universidad Complutense de Madrid*

**ABSTRACT:** *The first seven years of Semanario Pintoresco, under Mesonero Romanos, have been reviewed. The image of women portrayed in its texts and engravings has been used to determine the idea of the ideal women reader the magazine projects: the family mother, in a city context and with a conservative mindset. She is contrasted with the heroine of novels and plays in Mesonero's antiromantic ideas.*

**KEY WORDS:** *Woman; costumbrismo; daily life; antiromanticism.*

Ante todo, una precisión cronológica. El *Semanario Pintoresco*, como sabemos, tiene una larga proyección temporal (1836 a 1857), pero sólo los siete primeros años de publicación, es decir, hasta 1842, inclusive, fue dirigido directamente por su fundador, Mesonero Romanos que, lógicamente, imprimió a la revista su ideología y marcó sus normas de publicidad, destinadas a alcanzar la máxima difusión entre el público bien determinado, hacia el que iba dirigido. En el interesante *Prospecto* que antecedió a la aparición del primer número, se afirma que la revista está destinada a todo tipo de posible receptor: "Escribimos, pues, para toda clase de lectores y para toda clase de fortunas; pretendemos instruir a los unos, recrear a los otros, y ser accesibles a todos".

Sin embargo, esa colectividad receptora asume un criterio bastante más restringido cuando el *Semanario*, inaugurando el 6 de enero de 1839 una "Segunda Serie" (que supone en algunos aspectos una leve remodelación, con nuevos colaboradores y dibujantes, Alenza entre ellos) coloca al frente de este primer número un aviso "A nuestros lectores" y un revelador grabado. En el aviso, aquel "para toda clase de lectores" del *Prospecto*, se concreta en unos significativos ejemplos, ya que buscará "las simpatías de los lectores apacibles; del modesto artista; del estudioso literato; de la mujer sensible; del tierno padre de familia; y pudiese

## THE IMAGE OF WOMEN IN THE SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL

**RESUMEN:** Se han revisado los siete primeros años del *Semanario*, los dirigidos por Mesonero Romanos. A través de textos y grabados se llega a la imagen femenina que en ellos aparece, y se puede determinar la idea de lectora ideal que se plasma en la revista: la madre de familia, de contexto ciudadano y clase social de mentalidad conservadora. A ella se opone la heroína de novelas y dramas, en la línea antirromántica del propio Mesonero.

**PALABRAS CLAVE:** *Mujer; costumbrismo; vida cotidiana; antirromanticismo.*

servirles de grato descanso a sus dolores..." Pensemos en los adjetivos que delimitan a cada tipo social: apacibles, modesto, estudioso, sensible, tierno... y sobre todo ese "familia" revelador. Por supuesto, todo un programa de gentes que llamaríamos "de orden". No el obrero revolucionario o reivindicativo, la mujer literata, el político, siempre sospechoso de progresismo liberal, ni muchísimo menos la mujer preocupada por cuestiones que, se supone, no son propias de su sexo, como *La politicómana*, o mujer politizada, la *doceañista* que perduró desde la Constitución del 12, y que promovió una feroz caricatura en *Los españoles pintados por sí mismos*: el grabado de una arpia cincuentona, gorda, desaliñada y vociferante, que enarbola un periódico en su mano. Grabado que se acompaña de un texto no menos feroz de Gabriel García Tassara. Y sin embargo, todos esos tipos sociales enunciados podían muy bien ser receptores de un semanario que pretendía ser un difusor de cultura y conocimientos útiles. Porque el secreto de su éxito ya lo había expuesto en el *Prospecto* de 1836: "Dos medios hay en literatura para llamar la atención del público; el primero consiste en escribir muy bien; el segundo escribir muy barato." Pero Mesonero tiene bien claro a quienes se dirige con su *Semanario*. Y en el "Aviso a nuestros lectores", del 10 de enero de 1841, declara nitidamente quién es el lector de su revista: "Fiel a su propósito de realizar en nuestro país una publicación útil y amena que pueda ser de grato

entretenimiento y de instrucción a todas las familias..." ¿A todas? Desde luego que no, si observamos el grabado inserto en 1839, en el cual leemos *Semanario Pintoresco Español*, y bajo el grabado, "Lectura de las familias", Mesonero presenta en su grabado (de fecha algo anterior a 1839, a juzgar por la ropa de las figuras femeninas) su concepto de familia ideal: de alta posición económica, a juzgar por las casacas o levitas de los caballeros, los encajes de las damas, o el rico espejo, florero y reloj de la insinuada chimenea del fondo, ya en sí misma signo del *estatus* social de los personajes allí dibujados. La escena es evidente que representa una velada hogareña dedicada a la instrucción, como un recuerdo de aspiraciones ilustradas de décadas anteriores: el padre o caballero del fondo enseñando geografía, con una lujosa esfera terrestre; el joven de la derecha, con un papel en la mano, instruyendo a un niño... Pero observemos las figuras femeninas del primer plano: una dama con lo que parece un bordado en las manos, que enseña a una niña. Y una madre de familia, mirando al supuesto espectador de la escena, y mostrando con su mano izquierda todo el esplendor de esta rebuscada imagen de su familia, mientras muestra un papel a otras dos niñas, que, a juzgar por la mirada extasiada, hacia lo alto, casi en actitud mística de la niña central, debe tratarse de un texto de religión o, al menos de moral o buenas costumbres. Y, por supuesto, todos elegantísimos.

El truco publicitario está bien claro y sigue siendo, hoy en día, un recurso repetitivo en televisión: si usted, ama de casa o muchachita insignificante compra este perfume, tendrá a su lado un ejemplar de joven, tan guapo y viril como el que acompaña a la radiante modelo que lo usa. Si usted compra el *Semanario Pintoresco* su familia será también como ese soñado modelo de familia ideal.

Pero lo indudable en ese modelo mostrado es el protagonismo de la madre de familia, en el centro de la composición, y la única que mira al presunto espectador. Por tanto, si ella es el lector ideal, escribamos para ella. La consecuencia es que será un tipo social al que se dedican numerosas páginas del *Semanario* y algunos de sus grabados, como la reproducción de un cuadro del francés Bautista Greuze (en 1838), titulado así, *La madre de familia*, al que se dedica un elogioso y tiernísimo artículo.

Habrà, por tanto, en esos siete años del *Semanario*, una auténtica exaltación de la mujer, en ese papel de madre de familia: la dama casada, de buena posición, en un contexto

urbano, pero que deberá ejercer con todo rigor la misión social que, tradicionalmente, le había sido encomendada, y que hasta hace bien poco, incluso jurídicamente, se ha venido llamando "sus labores". En 1836-42, y para Mesonero Romanos, otra cosa era impensable.

Por tanto, he excluido en mi análisis los tipos femeninos provinciales, en artículos costumbristas muy numerosos, los grabados sobre el mundo de la prostitución, los textos sobre mujeres exóticas, o las biografías de mujeres célebres en la Historia. Aunque tampoco creo entender que, en algunos de todos estos textos, falta algún punto de interés para definir el tipo ideal de ama de casa burguesa, aunque sólo sea por un contraste que provoque una reacción en las lectoras. Si se comenta la buena armonía que reina entre aquellas que viven, muy satisfactoriamente, en una sociedad donde reina la poligamia, como las *Mujeres tártaras* (1837, p. 28), se añade en su final que no se produce en aquellas que comparten un único varón, "las desavenencias que, según nuestras ideas, deberían suponerse", como un guiño del reportero lanzado hacia sus lectoras. O pensemos en la reacción de aquellas damitas martirizadas por el corsé, ante la noticia de que entre *Las negras de Tembouctou* (1837, p. 109), la más exagerada obesidad es signo de la mayor belleza. Creo que cuando el artículo se centra en un tipo de mujer, sea el que sea, el texto del *Semanario* busca, casi siempre, ese guiño de complicidad. Pensemos en las biografías. Son numerosas: La Fornarina (1840, p. 26); Santa Teresa (1840, p. 37); Carlota Corday (1840, p. 363); Beatriz Galindo (1839, p. 306); la Malibrán (1836, p. 241); Catalina de Erauso, es decir, la Monja Alférez (1838, p. 651) o Isabel la Católica (1836, p. 241). Al comienzo de su biografía (con grabado) hay una esperanzadora afirmación feminista, sobre la injusta relegación, en algunos países, de la mujer en el gobierno de las naciones. Se destaca que en nuestro país no ocurre así y se ponen los ejemplos de Isabel la Católica y María de Molina. Pero en la biografía de la reina Isabel se añade, como increíble colofón a tantas grandezas narradas, que la reina afirmaba, con orgullo, que nunca se había puesto su marido una camisa que no hubiese tejido con sus propias manos. Insisto que es el dato con que se cierra el texto. Es decir, que tras la unificación de España, la conquista de Granada o el descubrimiento de América, ¿era aquel el dato que debería quedar en la memoria de la lectora del *Semanario*? Pensemos en el infinito consuelo que recibiría el ama de casa cansada de zurcir, monótona e incansablemente, los calcetines de su marido.

Esas notas de interés feminista se pueden encontrar, incluso, en noticias aparentemente ajenas a esa intención de provocar una reacción en la mujer lectora. Pensemos en un extravagante suelto titulado *Anuncio matrimonial*, que transcribo íntegro (1836, 88):

En un periódico inglés, *The Freeman's journal*, se lee: "Una señora joven necesita marido: el lunes próximo á las tres de la tarde se paseará por espacio de media hora al extremo setentrional del *Merion square*, dispuesta á recibir todas las proposiciones por escrito que tengan por conveniente entregarla. Para ser más fácilmente conocida llevará gorro con velo de seda, una pluma blanca en la mano, y un ridículo de terciopelo negro que irá abierto para recibir los billetes que tengan la complacencia de poner en él con tal destreza, que parezca no ser notado por la señorita".

Podemos imaginar la reacción de una lectora de 1836, imaginando, entre escandalizada y risueña, una situación semejante, con una señorita madrileña paseando con tal intención por el Prado o la Puerta del Sol.

Como consecuencia de ese modelo hogareño y tradicional de las lectoras, al que se dirigen no pocas páginas del *Semanario*, hay una sección en él, denominada *Higiene*, que es, tal vez, la más reveladora del interés de la revista por llegar al tipo de lectora que le interesa. Son textos ajenos a un interés costumbrista, pero son hoy una exacta información en muchos casos de la vida doméstica de una mujer del primer tercio del XIX. Algunos consejos son realmente hilarantes, leídos a estas alturas del siglo XXI. Así, respecto al aseo personal, leemos que "el hombre que se dedica al trabajo no necesita bañarse mientras conserve la salud, empero los baños son muy necesarios al ocioso", en consecuencia, "son un deber para la mujer ociosa". En el mismo artículo, *Del vestido y el aseo* (1836, p. 255), se comunica la siguiente noticia: "Es de notar que las mujeres conservan tanto mejor su cabellera, cuanto más feas son. Lo mismo sucede respecto de los dientes." En cuanto a la frecuencia del baño, piensan los escritores del *Semanario* que no debe caerse en la exageración, si se aconseja a las embarazadas que deben "conservarse en un estado constante de limpieza por el uso de baños de agua tibia, bastándole con uno en cada mes", es decir, nueve baños en nueve meses. Claro que se asegura en *Higiene y salud pública* (1836, p. 146), que "para gozar de buena salud es necesario mudarse a menudo de ropa interior, y bañarse de

vez en cuando", y se precisa que "también es necesario mudarse a menudo de medias y lavarse los pies en agua cálida, al menos en invierno; en esta estación a veces es preciso atraer la sangre a las extremidades y un baño de pies basta para conseguirlo." Y en cuanto al aseo de la casa (y esto sí va dirigido directamente a las mujeres, por ser ocupación femenina durante siglos) se advierte que, en contra de la desastrosa desidia que advierten en sus coetáneas, "las habitaciones deben ser diariamente barridas y hay que cuidar del aseo de muebles y menaje de cocina".

Respecto al vestido, y rozando ya el importante aspecto de la moda, o más bien, de los estragos que la moda puede causar en la mujer, se ataca en "Consejos para conservar la salud" (1836, 94) la costumbre de los grandes escotes, característicos de la moda elegante del momento:

Destiérrase, pues, la costumbre perjudicial a un tiempo a la moral y a la salud, que expone a la inclemencia del aire, el pecho y los brazos de las mujeres, quienes por los accidentes de sus compañeras deberían haber advertido la relación que existe entre el síntoma pulmonar y la piel, cuyas funciones no pueden suspenderse sin que sean interrumpidas las del otro.

Y, por supuesto, en este apartado de los estragos de la moda en la salud, se abomina (y ahora con razón) del uso desmedido del corsé, del que se reitera, una y otra vez, su nefasta influencia. En el artículo, de los "Inconvenientes de los corsés muy ceñidos" (1836, 36), se señalan las deformaciones del esqueleto a que dan lugar, y se demuestra con dos grabados: dos siluetas femeninas, con el esqueleto viéndose, con y sin corsé. Pero eso sí, se advierte que su uso es beneficioso, si está poco ceñido, ya que suple "en las jóvenes los ejercicios gimnásticos tan ajenos a su sexo". Luego, al igual que hiciera Fray Luis en *La perfecta casada*, a propósito de los afeites, ataca el uso del corsé mediante una astuta afirmación: su uso es antiestético y afea a la mujer, porque da al talle una estrechez y al mismo tiempo "una débil apariencia que no puede mirarse sin compasión", y que forma "un extraño contraste con el resto del cuerpo". Todo inútil como sabemos: las mujeres siguieron maquillándose en el siglo XVI, y el corsé siguió usándose casi hasta la Guerra del 14. Pero los ataques siguen reiterándose en el *Semanario*: "Los corsés de las mujeres, por más que ellas digan, tiene graves inconvenientes", [...] "puede estragar la matriz, ocasionar flujos y causar malos partos", "así como impedir el desarrollo de los pechos" y "puede desarrollar la

tisis y causar abortos", por todo lo cual, debe evitarlos la mujer embarazada (1836, 94 y 154).

Naturalmente, la moda, sin ataque alguno ahora es otra de las líneas (no tan reiterada) que no podía obviar el *Semanario*. Pero creo que, con un nuevo matiz, porque tiene ahora un evidente aspecto de publicidad encubierta. Así, los dos artículos, con grabados (1836, 48 o 1837, 23), que se dedican al establecimiento de Madame Petibon, en la calle Fuencarral y que citará Galdós, lector del *Semanario*, fuente de noticias para sus *Episodios*. Se anuncian en los dos artículos, dedicados a la supponemos acreditada modista, la larga lista de accesorios y novedades llegadas de París: "todo un abundante surtido para nuestras fashionables damas de Madrid", ya que nuestra capital "no da la ley, sino que la recibe", citando por tanto, como reclamo, un párrafo del célebre *Petit courrier de modes* parisino. También se dedicará un artículo, también con grabado, al célebre sastre Utrilla, que ha importado, ahora de Londres, las últimas novedades para caballeros. Galdós, una vez más copiará, casi textualmente, la lista del *Semanario*, para enumerar cada pieza del bien nutrido vestuario que Utrilla confecciona para Fernando Calpena en *La Estatefa Romántica*. Del mismo modo se sigue haciendo una especie de publicidad encubierta mediante las noticias y grabados de los nuevos establecimientos madrileños dedicados a objetos de tocador, como la *Perfumería Diana* (1837, 58) o una nueva fábrica de guantes (1836, 30).

En los consejos, ya de tipo moral, que en el *Semanario* se dan a las madres de familia, se exalta, lógicamente, en sintonía con el tono educativo de la revista, el elogio y la necesidad, por razones de salud y de bien social, el de dar el pecho a los hijos, huyendo (cuando no haya impedimento grave) de cualquier tipo de lactancia artificial y advirtiendo de los inconvenientes de las nodrizas, práctica muy habitual, como sabemos, de las clases acomodadas.

En un largo artículo anónimo "A las madres" (1837, 184), la lactancia materna, como la educación directa de la madre, se elevan a rango de bien social, porque esa intimidad madre-hijo es la que formará futuros buenos ciudadanos y contribuirá, de ese modo "al bienestar de la sociedad en general". En "Higiene de la infancia" o, incluso, "Cualidades de una buena nodriza" (1838, 795) se sigue, dando instrucciones sobre ropa, alimentos, etc., sobre crianza de los hijos. Tampoco se descuida el tema de la educación y, curiosamente, en otro larguísimo artículo "Consejos a las

madres de familia" (1838, 58), se extiende la labor benéfica de las madres, a las abuelas e, incluso, a las suegras. Siempre la mujer como punto central de la unión familiar.

Ahora bien, respecto a la educación, se hace una clara distinción en el *Semanario* entre hombres y mujeres, como era de esperar: "La educación que se da a la mujer la hace diferir casi enteramente de los hombres. Dotadas de una constitución más débil, más irritable, están siempre expuestas a las enfermedades nerviosas" (1836, 63), de tal modo que la enseñanza deberá dirigirse más hacia el sentimiento que hacia la razón. Por tanto, ¿qué actividad femenina nos muestran los grabados del *Semanario*? La música, por supuesto. Dos pequeños grabados nos muestran a una dama al piano: en el *Prospecto* inicial, y bajo un poema de José M.<sup>a</sup> de Andueza, "A Elisa" (1841, 32).

Y, naturalmente, la lectura, como la señorita que lee un libro (otro pequeño grabado) como ilustración a la reseña de Navarrete a las *Poesías* de Campoamor (1840, 248). O conocimientos muy útiles en el uso social, como la minuciosa y curiosísima lista (hasta 85 ejemplos) del lenguaje que simbolizan las flores (1836, 37) pensamos que de tan imprescindible conocimiento en los usos amorosos, como el lenguaje del abanico.

Lógicamente, en un *Semanario* que difunde el artículo costumbrista (incluidas todas las *Escenas matritenses* de su director), no podían faltar los *tipos* femeninos, en esa modalidad que constituye la mitad de la producción costumbrista. Alguno de los *tipos* femeninos que aparecen en el *Semanario*, coinciden, casi inmediatamente, en *Los españoles pintados por sí mismos*, como el anónimo "La coqueta", que se reiterará en la colección citada, en 1843, en un artículo firmado ahora por Ramón de Navarrete (¿autor del anónimo texto antecedente?). Es magnífico, en el *Semanario* el también anónimo "Una mujer a la moda" (1836, 209) con el grabado de una dama elegante de 1836, y con interesantes alusiones irónicas a la corriente literaria al uso, como moda superficial, con los nombres "románticos" que desearía la protagonista que llevarsen sus hijos. Porque, en definitiva, todo es moda. Como señala el párrafo final:

Una mujer á la moda, subyugada por la idea única de agradar instintivamente, guardada por la elegante frialdad de su corazón, podría permanecer intachable toda su vida, si el principal deber de la *mujer á la moda* no fuese sujetar á su

carro al *hombre á la moda*; por desgracia el primer deber de este hombre es el de seducir *á la moda*; y de aqui resulta una serie de enredos, de escándalos, que aunque todos *á la moda*, no por eso dejan de originar grandes desgracias que causan la desesperación de las personas del gran tono, y dan pábulo á la conversación de las tertulias *á la moda*.

Otros *tipos* descritos ofrecen menos interés, como "Una mujer risueña" (1838, 754) y, entre los descritos en el apartado "Variedades", los dedicados a "Una esposa" y a "Una viuda" (1837, 372).

Ahora bien, alejándonos del estricto tipo social de la madre de familia, como era esperable en el *Semanario*, el tono general acerca de la mujer, lejos de rasgos costumbristas, es altamente positivo y largos artículos defienden de toda crítica al que, eso sí, llaman sexo débil, alejados de cualquier misoginismo. En "De la mujer" (1838, 660) se comenta su esclavitud oriental, su semiesclavitud en Grecia, relegada al ámbito doméstico, su emancipación (conceptual al menos) con el cristianismo, que en la Edad Media casi la "divinizó" en las leyes caballerescas, etc., etc. Pero termina, eso sí, hacia parcelas que ya conocemos. Es igual al hombre pero muy otras son sus funciones:

Emancipada la mujer, no falta quien pretenda admitirla también á todos los derechos políticos, y desea verla sentada en el estrado del jurisconsulto, ó en el sillón del ministro, ó tal vez mandando ejércitos y ganando batallas. Con todo, no es eso para lo que ha sido formada: los ejemplos que se citan para apoyar semejantes pretensiones son escepciones brillantes que nada prueban. Ha habido mujeres varoniles como han existido hombres afeminados pero cada sexo tiene marcadas sus ocupaciones por su misma naturaleza. Las de las mujeres son importantes, útiles dirigidas todas á nuestra felicidad: bastante tiene con ellas, sin necesidad de usurpar las que no le corresponden. Así como el hombre se degrada cuando toma la rueda, la mujer se degrada también cuando quiere tomar la espada. Porque ni la rueda ni la espada son viles de por sí, sino por caer en manos de quien no debe manejarlas. Conténtense, pues, la mujer con haber recobrado su dignidad perdida, y crea que no es inferior al hombre porque el cielo la haya destinado á fines, sino iguales, no menos importantes y honrosos.

Y, sin embargo, no falta en el *Semanario* la voz que se alza a favor de los derechos de las mujeres. Así un largo

artículo, que firma *El instructor*, denominado "Casamientos antiguos" (1837, 268), arremete contra aquella tutela degradante a que el sexo fuerte la había reducido; ésta se ha atemperado con el progreso de la civilización, pero se abomina al final del texto de aquellos casamientos concertados por razones económicas o sociales (recordemos *El sí de las niñas* moratiniano), en que "el contrato matrimonial es una venta simulada". En esta línea defensiva, destaca el texto de Pedro Sabater, "La mujer" (1842, 115), que casi la empareja a la *donna angelicata* de los petrarquistas, pero siempre en su papel de consoladora. Sexo débil pero con fortaleza varonil en las virtudes y, sin embargo, esa "especie de ángel bajado del cielo", parece como si ese mismo cielo la hubiese destinado a ser "víctima del hombre".

¿A qué nos conducen los comentarios que nos han suscitado tantos ejemplos acerca de las lectoras del *Semanario*? Obviamente, a la tónica general de una ideología netamente burguesa y conservadora. Y ello nos lleva, no menos obviamente, a considerar la faceta anti-romántica de la revista que Mesonero imprimió en sus páginas, con una buena parte de sus colaboradores. Aunque me apresuro a manifestar que otra buena parte de las colaboraciones firmadas pertenecen a la plana mayor de los románticos coetáneos: Romero Larrañaga, Clemente Díaz, Rodríguez Rubí, Enrique Gil, Navarro Villoslada, etc., con la supremacía, hasta numérica, del joven Zorrilla. Como era de esperar, en esa nómina faltan casi totalmente los nombres femeninos. Pensemos que las escritoras españolas, como casi profesionales, no alcanzaron, de modo usual, las páginas periódicas hasta la segunda mitad del siglo. Únicamente, como notable excepción, un poema, *Meditación*, de Carolina Coronado. Aparece en el *Semanario* el año 1840 (p. 40), anterior, por tanto, a la publicación de su primer volumen, *Poesías*, de 1845, pero coetánea a otros poemas suyos que vieron la luz en revistas de 1840 y 1841, como *El entreacto* o *El conservador*. Y, concretamente, dos poemas de una tal Amelia Corradi (1842, 240 y 404) sobre la que confieso no haber encontrado noticia alguna (En el *Semanario*, aparece un poema de Fernando Corradi, tan presente en la prensa progresista coetánea al *Semanario*: ¿pariente?). Sin embargo, en estos siete años que estoy comentando, no aparece, por ejemplo, el nombre de Gertrudis Gómez de Avellaneda, que ya había publicado en 1841, un tomo de *Poesías*, y de la que están apareciendo poemas desde 1840 en varias publicaciones andaluzas y madrileñas. Sus colaboraciones en el *Semanario* serán, sin embargo, frecuentes desde 1845.

¿Anti-romanticismo en el *Semanario Pintoresco*? El tema da para otra comunicación y solo esbozaré el tema. Es evidente que los ejemplos teóricos son abundantes, pero lo que me interesa destacar en casi todos ellos es su ataque a la corriente romántica por su nefasta influencia en la moralidad pública y que esa influencia es doblemente funesta dentro del público femenino, que asiste al teatro y lee novelas. Pensemos en el artículo de Alberto Lista, que afirma tajante en su artículo "De lo que hoy llamamos romanticismo" (1839, p. 103): "No puede hablarse de *belleza sin virtud*". Toda obra que produce resultados perniciosos a la moral es mala en literatura." Censura, pues, a "los que se complacen en ver horrores, costumbres patibularias, crímenes y suicidios; los que se extasían al oír invectivas contra los Reyes y los sacerdotes; los que se creen jueces, por el precio del billete, de las generaciones pasadas, presentes como reos en el tribunal de la escena, cometen un anacronismo. Debieran haber nacido en la época de Robespierre y de Marat".

Una opinión tajante (que se contrapone al ponderado artículo de José María Cuadrado sobre "Víctor Hugo y su escuela literaria" (1840, 189), que armoniza, por ejemplo, con un texto de Pedro Sabater, "Influencia del teatro en las costumbres" (1839, 294), quién arremete contra "esos argumentos impúdicos, esos suicidios centuplicados, y esos caracteres inmorales y grotescos de nuestros dramaturgos actuales", artículo al que se opone Miguel Agustín Príncipe (1859, 310) con otro texto, donde aduce que si esos ejemplos de criminalidad se acompañan en la escena de castigo y reconocimiento, no puede hablarse de influencia nefasta. Pero, eso sí, no niega la abundancia de crimen, anarquía y desorden moral. Se arremete contra la literatura coetánea, en otro artículo anónimo "Las novelitas francesas" (1840, 261), cuyas atrocidades argumentales y juicios inmorales caen en manos de inocentes y honradas mujeres, con su profusión de adulterios, prostitución, bandidaje, asesinatos y estafas. Y se pregunta el autor:

Ahora bien, preguntaremos a estos señores autores, si es que tienen esposa, hijas o hermanas, ¿dan ustedes a leer sus obras a sus hijas y a sus mujeres? ¡No!, responderán; porque ningún corazón honrado puede dejar tales obras en manos de una doncella o de una mujer joven sin temblar por su virtud y por su felicidad.

Y luego transcribe una serie de afirmaciones escandalosas, extraídas de las obras de George Sand, a quién también critica por vestirse de hombre.

Pensemos en la similitud de estos ataques a los lanzados por teólogos y moralistas contra los libros de caballerías, cuyo receptor mayoritario, como sabemos, fueron las mujeres. Recordemos la irónica afirmación de Brantôme, el militar y escritor francés, cuando ante la imparable difusión en Francia de los libros de caballería, escribía a finales del XVI: "Desearía tener tantos centenares de escudos como doncellas, tanto religiosas como del mundo, fueron pervertidas, profanadas y seducidas por la lectura de Amadís de Gaula".

Las notas satíricas sobre los excesos del Romanticismo se evidencian, por ejemplo, en algún grabado. Por ejemplo, el titulado "Un clásico y un romántico cuando llueve" (1837, 176), donde contemplamos a un orondo y satisfecho caballero protegido por un enorme paraguas y a un escuálido personaje empapado en agua a su lado. O en diferentes textos no teóricos como el cuentecillo de Juan Rico y Amat "Casar el amor con sanguijuelas" (1842, 334), donde se ataca la literatura francesa y su influjo en las costumbres: "Primeramente nos enseñaron el suicidio", pero ya olvidados de éste han mostrado el modo de seducir mujeres casadas. Hay una evidente parodia en el relato "Un romántico más" firmado por M. R. de Q. (1837, 120), en que se describe un sueño o pesadilla en el característico estilo literario de la moda romántica. O encontramos notas irónicas en el relato de Clemente Díaz, "Rasgo romántico" (1836, 174).

Y, sobre todo, los artículos de costumbres, pertenecientes a las *Escenas matritenses*, del propio Mesonero. Por ejemplo, "El teatro por fuera", en donde un honrado burgués lleva al teatro a su mujer y a su hija, sale horrorizado y sólo vuelve la paz a su espíritu cuando oye, tranquilizadoras y cotidianas, las campanadas de las doce "en el reloj de la Trinidad". O, por supuesto, el conocidísimo "El romanticismo y los románticos", de septiembre de 1837, que tanto escándalo suscitó en su lectura pública en el Liceo de Madrid, ante los mismos escritores que podían, con razón, verse reflejados en él, pero que sólo "hizo asomar las risa a los labios de los mismos censurados", como declara su autor en la edición de sus *Escenas* de 1851. No comento el texto por sobradamente conocido, pero recordemos de él, el *tipo* descrito de la damisela romántica, co-protagonista del relato, que aparece en el texto y en el balcón de su casa madrileña, como una "Melisandra de dieciocho abriles, más pálida que una noche de luna, y más mortecina que lámpara sepulcral; con sus

luengos cabellos trenzados a la veneciana, y sus mangas a la María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo a la Estraniera, y su cinturón a la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello a la Huérfana de Underlach", como un compendio antológico de las más célebre heroínas de las novelas románticas, pero que terminará, muy burgués y sensatamente, casada con un "honrado mercader de la calle de Postas".

Pero, volviendo a páginas anteriores, hay un comentario entre aquellos consejos caseros destinadas al ama de casa que puede servirnos de signo de esta oposición al Romanticismo y elogio de la mentalidad burguesa. Hemos leído un "Remedio sencillo contra el reumatismo" (1857, 30), el "Modo de limpiar las cadenas y otras alhajas de oro" (1837, 140) o un remedio infalible para curar los sabañones (1836, 166), pero cuando se advierte del peligro de las chinches, se ofrece en el *Semanario* un curioso y significativo contraste. Se trata de un texto titulado simplemente "Chinches" (1837, 230), minucioso hasta la exageración, y lo transcribo íntegro porque en su reiteración está, a lo que creo, el efecto buscado:

Las chinches crían cuatro veces al año, en marzo, mayo, julio y septiembre, y en cada vez ponen cincuenta huevos; dando un producto anual de doscientas chinches. Al cabo de once semanas ha adquirido la nueva chinche su perfecto desarrollo y se halla ya en disposición de reproducirse: sobre estos hechos se funda el siguiente cálculo. Supongamos que uno de estos animalitos se introduce en una casa antes del primer período de reproducción en la primavera; producirá en marzo 50 chinches y entre ellas 25 hembras. En mayo

las 26 hembras (incluyendo la madre) darán 1.300 hijuelos; suponiendo que 750 son hembras, tendremos en julio una cría de 35.500. Las 15.750 hembras que habrá entre ellas unidas a las anteriores 750 compondrán 16.500 las cuales en septiembre producirán 25.000 chinches nuevas: de estas, 412.500 serán hembras y unidas a las 16.500 de la cría anterior harán 429.000 que al siguiente marzo darán 21.450.000. Añadiendo á este número 429.005 machos que no hemos contado, resultará un total 21.909.025 ó muy cerca de 22 millones de chinches producidas todas por un solo individuo en el transcurso de un año. Nos equivocamos mucho si el conocimiento de este hecho no sirve de estímulo á la actividad y anhelo de la cuidadosa ama de gobierno, por estirpar la primera chinche que vea aparecer en su casa.

Pero inmediatamente, colocado el comentario con evidente estrategia publicitaria, aparece bajo ese consejo al ama de casa, una breve nota titulada "La mejor de las mujeres", que declara:

La que hace felices á su esposo y á sus hijos apartando al uno del vicio y guiando a los otros á la virtud, es infinitamente mas estimable que la heroína de novela cuya única ocupacion se reduce á esparcir la muerte en torno de ella con los dardos de su aljaba ó de sus ojos.

Olvidense las lectoras del *Semanario* de cualquier modelo romántico, porque la mejor de las mujeres es la que sabe, a tiempo, apartar de su hogar tan terrorífica invasión de chinches.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Los españoles pintados por sí mismos*, 1843-1844, Madrid, I. Boix editores.
- Palomo, M.<sup>a</sup> del Pilar (1987): *Mesonero Romanos: Escenas matritenses*, edición, introducción, apéndice y notas, Barcelona, Planeta.
- Palomo, M.<sup>a</sup> del Pilar (1996): "Texto e imagen en el *Semanario Pintoresco*. Mesonero y Alenza", en *Romanticismo* 6, *Actas del VI Congreso*, Nápoles, *El cos-*

*tumbrismo romántico*, Roma, Bulzoni, pp. 239-247.

Palomo, M.<sup>a</sup> del Pilar (1997) [ed.]: *Movimientos literarios y periodismo en España*, Madrid, Síntesis.

Palomo, M.<sup>a</sup> del Pilar (1997): Mesonero Romanos y el *Semanario Pintoresco Español*. El ámbito arquetípico madrileño", en *Historia de la Literatura Española*, vol. VIII, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 168-180.

*Semanario Pintoresco Español*, 1836 [1857]. Madrid, Imprenta de Tomás Jordán.

**Recibido:** 20 de junio de 2012  
**Aceptado:** 5 de julio de 2012

ANEXO: IMÁGENES

